

¿COMER?

Alelí Jait
Universidad de Buenos Aires (Argentina)
alelita10@hotmail.com

Resumen

La relación que el hombre entabla con la comida oculta tras los velos desplegados por la naturaleza aquello que adviene como acto puramente cultural. Así, el vínculo hombre-animal está articulado bajo una lógica tecnocrática en la que opera una objetivación del cuerpo del otro y posibilita la burocratización de la muerte. La cultura *carnofalocéntrica*, en términos de Jacques Derrida, propone una dinámica sacrificial basada en la ausencia de responsabilidad debido a que el animal no aparece ante el sujeto como alteridad radical sino que es re-presentando en tanto objeto. Esta situación, enmascarada en el acto de comer, se constituye como horizonte que posibilita la instauración del genocidio.

Palabras clave: Comida, Responsabilidad, Alteridad radical.

“(…) total
entre despedazarse y comer no es mucha la diferencia.”
Osvaldo Lamborghini

Comer como acto pulsional que impele a la expansión desmesurada de la especie al galope que pelea en la carrera con la necesidad innata de matar. En un sentido metafórico en tanto matar transmuta en la posibilidad de empequeñecer ya sea gradualmente o instantáneamente o simplemente deviene en agresión por economía libidinal. Dos en uno. Comer ¿y? Con las manos, con el cuerpo... “Hay pues una *manía destructiva* en las manos, que no tiende de inmediato a la presa y a matar. Es puramente mecánica y se ha prolongado en las invenciones mecánicas” (1); en los utensilios que entonces colocan al protobocado en el plato o en la fosa. Pensar en la boca como una fosa que se abre.

Cuando se cierra adviene la utilidad... política, económica, nutricia del régimen y la carne desgarrada antes latía, ahora alimenta... la continuidad de los procesos y el destino de los procesados; un cóctel vitamínico al servicio, servil y despojado, “(…) lo que no sirve inmediatamente para matar, es meramente útil” (2), la cadena de supresión del objeto alcanza el refinamiento. Una cosa por otra. (X por X) lo tachado, lo silenciado, el llamado desoído es el eslabón que del animal parte y al animal muere. Trozar el cuerpo y comerlo.

La utilidad del hombre (que) mata, la sistematicidad - máquina (que) destruye los cuerpos ya sea con la boca o con el arma. Realizando una inversión, aquello que no es inmediatamente asesinado es utilizado: la estructura sintáctica esconde y manifiesta la cuestión de la responsabilidad (es muerto pasivamente ‘por’, el autor o perpetrador se escabulle en el enunciado que se postula de modo enigmático) o, directamente, anula el crimen.

Sería un “(…) matar [*mise a mort*] no-criminal: con ingestión, incorporación o introyección del cadáver. Operación real, pero también simbólica cuando el cadáver es “animal” (y ¿a quién haremos creer que nuestras culturas son carnívoras porque las proteínas animales serían irremplazables?), operación simbólica cuando el cadáver es “humano”. Pero lo “simbólico” es muy difícil, en verdad imposible de delimitar en este caso, de donde la enormidad de la tarea, su desmesura esencial, una cierta anomia o monstruosidad de eso de lo que hay aquí que responder, o ante lo que (¿quién?, ¿qué?) hay que responder” (3).

El ¿quién es matado? supone poner en acto la dinámica sacrificial del discurso sostenida por la estructura *carno-falocentrista* del sujeto. No obstante, el otro en tanto otro supera la idea que hay del otro en mí (4), no hay posibilidad de incorporación, hay exceso. El encuentro es una apertura hacia lo indeterminado y no conforma un reencuentro guiado por la determinación. Si el otro es capturado por la representación que yo tengo de él ¿en dónde radica su otredad? Allí estriba el alejamiento de la concepción totalitaria por la que el sujeto es un sujeto para una conciencia, si su presencia en el mundo está supeditada al conocimiento que yo ejerzo sobre él, entonces, puedo envolverlo, volverlo hacia mí, verlo de modo traslúcido, obviar su opacidad al develarlo y, así, manipularlo. Pero la relación de alteridad es humana en tanto que el hombre (viril) es considerado ser humano –en el plus de ser– por su atadura a otro sujeto. La relación de sujeción omite, así, al animal en su no posesión, eludiendo, además, su padecimiento.

La pregunta por el ¿qué? deviene en la objetivación; disposición, representación, poner ante mí para usufructuar. La pregunta por el ¿quién? invita a una respuesta; soy huésped y rehén. El aullido no tiene interlocutor, sí el grito o susurro.

En relación con el animal no hay respuesta. Si no hay enunciación del crimen no hay respuesta. El “Heme aquí” que activa el mandato “No matarás” parecería aparecer a través del lenguaje en tanto invocador de un mundo a poseer que sólo es atributo de los sujetos (hombre). Mientras el animal es *in-bocado*, el crimen no es enunciado, pero lo no dicho encuentra reparo en la comparación, en la metáfora, en su lugar o ‘en lugar de’... bocas adentro oficia la apertura de horizontes de sentido que equiparan el llamado:

“Ella dice que se escaparon allá cuando los tenían a todos como animales, dice que los juntaban, los tenían como para toreo. Una galleta le solían dar a la semana. (...) Decían cómo los ataban, cuando los arreaban, dice que arreaban las personas las que iban así embarazadas cuando iban teniendo familia le iban a cortar el cogote del chico. (...) “Una tropa como animales se lo llevaban. El regimiento le llevaba, contaba que lo habían todo, como un animal (...) a pata le llevaban a pata, a los muchachitos los mataron por el hacer daño y el juego, se cansaban los muchachitos y los mataban y listo, los ponían a asar igual que a un cordero... Los tenían en Buenos Aires, encerrados, en un regimiento dice que estaban así en guardia de los milicos los encerraban en el cuartel y los sacaban caminando, arriando como animal” (5).

“Después supe que las esposas dejaban colgando los brazos de los prisioneros muertos y esto dificultaba el traslado del cuerpo cuando el cadáver se ponía rígido. Lo que se hacía en esos casos era atarlos con alambre como si fueran matambres para sostener brazos y piernas” (6).

“(…) algunos nos golpean por pura bestialidad y violencia, pero hay otros que nos golpean cuando estamos ya bajo la carga, casi amorosamente, acompañando los golpes con palabras de exhortación y de ánimo, como hacen los carreteros con los buenos caballos” (7).

La metáfora nos conduce hacia la posibilidad de convergencia que delata el camino transitado hacia la perfectibilidad del asesinato –masivo- previo paso por la tortura. En el origen de toda realización se encuentra su ensayo: la labor aplicada en la muerte animal actúa como condición de posibilidad de la muerte humana, nos encamina hasta ella.

“Esta «figura» consiste singularmente en intercambiar los lugares y las funciones: constituye el sedicente sujeto de los enunciados (...) en contenido o en materia, y parcial encima, y siempre ya «embarcada», «en coche», de un vehículo que lo comprende, lo lleva, lo traslada en el mismo momento en que el llamado sujeto cree que lo designa, lo expresa, lo orienta, lo conduce, lo gobierna «como un piloto en su navío»” (8).

El hombre en la desnudez de su rostro me ordena desde su debilidad que no lo mate, es sujeto del enunciado al que respondo pasivamente, inevitablemente; al tiempo que hace objeto metafórico de su discurso al animal que refiere y por el que no puedo dar respuesta. No obstante, intercambio los lugares, me deslizo. Soy llevado por el animal que gobierna.

La fuerza del lenguaje me arrastra como la lengua que empuja a la comida: “La *incorporación* de la presa comienza por la boca” (9). que se mantiene regularmente cerrada hasta que acaba con el banquete. Cuando no hay más todos observan los restos sobre el plato pero “contemplar antes de sentarse a la mesa, cada mediodía, cómo se golpea la cabeza de la vaca que se va a comer poco después resulta algo indigesto” (10).

Entonces, silencio y repetición. En el acto de comer se suprime la matanza; la contemplación de lo dado-desmenuzado-ingerido obtura la operación vivo-muerto inviabilizando, al mismo tiempo, una sinécdoque: la parte por el todo.

La vaca como representante máxima de la comida que alimenta bajo el modelo agro-exportador a la nación es *la cabeza de Goliat* encapuchada; sostiene el famélico cuerpo que unitario se fracciona para mutar sólo en un bife, costillas, churrasco, cuadril, entre otros cortes.

En cada cuchillazo, la evidencia del trabajo sobre la carne que se desprende de su origen implicaría que: a) la presencia de la parte anula el todo; b) la parte es la totalidad; c) no habría todo por lo tanto no hay sinécdoque e impera el fragmento. No hay un reconocimiento del cadáver como tal sino que se lo interpela desde la obviedad cotidiana, es comida.

“Bueno, claro, somos carne, somos armazones potenciales de carne. Cuando entro en una carnicería pienso siempre que es asombroso que no esté yo allí en vez del animal” (11).

Realizando una nueva sustitución nos aproximamos al animal que estuvo en el lugar del sujeto constituyendo la relación inicial que posibilita, luego, los usos metafóricos derivados de la materialidad de la práctica.

Durante la última dictadura militar argentina, la quema de los cuerpos de los secuestrados-torturados ya asesinados-muertos en los campos de exterminio era denominada por los perpetradores como “hacer un asadito”, a su vez, “la parrilla” era la denominación utilizada en la jerga militar para designar a la mesa metálica en la que se aplicaba la picana. Vale recordar que este invento fue suministrado en sus orígenes a las vacas que al llegar al matadero no querían descender del camión ya que olían la sangre y escuchaban los mugidos de sus compañeras faenadas, entonces mediante la descarga eléctrica se las atontaba para facilitar el descenso.

En la metafóricación cotidiana del horror, el proceso por el que el hombre es animalizado se desprende de la misma matriz conceptual que lo hace hombre. Es decir, la estructura *carno-falocéntrica* sostiene que el otro no humano está dado por, en términos de Rorty, ser no-machos: esto implica ser niño, mujer o animal. Pero la degradación va unida al sometimiento, quien se aparte del prototipo de hombre será desubjetivado, se podrá operar sobre él para acentuar su condición de no-macho. Así, el modo de torturar supone un proceso de deshumanización que apunta a la animalización a través de la anulación de la capacidad de discernimiento; al tiempo que las prácticas vejatorias aluden a que ser no-macho implica tres aspectos: haber nacido sin pene, haber sido mutilado, castrado; o haber sido penetrado.

En este sentido, la penetración de la carne deriva de su posible usurpación, de tener la facultad de dar vida y muerte. Administrando la corporalidad, el entramado óseo muta en las costillas que cuelgan de los ganchos de la carnicería.

A su vez, retomando la utilización cotidiana de la metáfora, para referirse a un crimen masivo, atroz y sangriento, se dice que ha sido una 'carnicería' pero es curioso que, sin embargo, no existe un cuestionamiento de lo que supone una carnicería en sí, sino que el horror crítico sólo surge en la comparación para cargar de sentido al término oculto, sea este 'crimen', 'asesinato', 'genocidio'.

Sin embargo existen diversos tipos de prácticas sociales genocidas, según expresa Daniel Feierstein en su libro *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*: en primer lugar, distingue el *genocidio constituyente* como aquel cuyo objetivo es la conformación de un Estado nación que precisa de la aniquilación de todas aquellas fracciones que quedan por fuera del pacto estatal. En segundo lugar, coloca al *genocidio colonialista*, entendido como aquel por el que se exterminan las poblaciones autóctonas con el objetivo de apropiarse de sus recursos naturales y de sus territorios o como modalidad de subordinación, por ejemplo, al incorporar a dichas poblaciones como fuerza de trabajo asalariada. En tercer lugar, postula que el *genocidio postcolonia*, se dirige hacia el exterminio de la población producto de la represión a las luchas de liberación nacional. Por último, manifiesta que el *genocidio reorganizador* remite, en palabras del autor, a la aniquilación cuyo objetivo es la transformación de las relaciones sociales hegemónicas al interior de un Estado nación preexistente. Mientras dentro de este último tipo correspondería situar a la última dictadura militar argentina, es decir, al Proceso de Reorganización Nacional; la Campaña al desierto, o el Proceso de Organización Nacional por el que fue emprendida valdría situarlo en la primera caracterización. Sin embargo, no ha sido pensado el genocidio animal al interior de esta cuádruple tipología debido al vínculo que el hombre establece con él en tanto no es considerado en términos de otredad o, para ser más precisos, de alteridad radical; a pesar de que su exterminio es constituyente del Estado nación moderno y garantiza, aún en la actualidad, la prosperidad económica del país.

En el paso de la industria ganadera a la industria del terror prevalecería la existencia de una violencia medular que arribaría como desprecio por el otro. Este desplazamiento hallaría arraigo en la violencia como matriz social. Al mismo tiempo, el tratamiento característico que el hombre brinda a los cuerpos animales, es decir, el modo en que anula la condición de ser sufriente, lo cosifica y, así, lo torna inanimado con el fin de desplegar diversas técnicas de maltrato hasta elucubrar la organización de escalofrantes matanzas, funciona socialmente como aquello-que-es-posible-realizar. Entonces, el hombre se va educando en la crueldad a la vez que desarrolla su capacidad de impavidez, de indiferencia. Pero como se interroga Emmanuel Lévinas ¿acaso con la indiferencia no mato? (12).

La Argentina se constituye como el Gran Matadero, la preparación cultural que promueve el exterminio animal permite la posibilidad del genocidio; "(...) del saladero al frigorífico suele inscribirse la historia de este país" (13); la violencia como matriz del capitalismo –y, por tanto, de la sociedad– se materializa en la existencia de los campos masivos de exterminio que son la resultante de los mataderos: no se ve morir a las vacas, no se ve morir a los hombres. Lo oculto a la mirada esconde la utilidad social del sufrimiento.

"Esta utilidad social del sufrimiento es necesaria para las funciones pedagógicas del Poder en materia de formación, dirección y represión (...) Bajo la administración racional del dolor en las sanciones, distribuida por los tribunales humanos con la dudosa apariencia de represión, el fracaso arbitrario y extraño de la justicia en medio de las guerras, de los crímenes y de la opresión de los débiles por los fuertes, se afinan como una suerte de fatalidad con aquellos sufrimientos inútiles que derivan del azote de la naturaleza, como si se tratase de efectos de una perversión ontológica" (14).

En este sentido, romper el estado monádico y salir en auxilio ante el sufrimiento del otro, responder el llamado sea grito o mugido, implica entablar un diálogo en el que prevalece la ética –que es eminentemente política– entendida como responsabilidad al realizar un replanteo acerca de los modos de conceptualizar la propia identidad, así como, la identidad del otro – hombre o animal– en tanto alteridad radical.

- (1) Canetti Elías, Masa y poder, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 214.
- (2) Op. cit. p. 215.
- (3) Derrida Jacques, "'Hay que comer' o el cálculo del sujeto", entrevistado por Jean-Luc Nancy. Versión castellana de Virginia Gallo y Noelia Billi. Revisada por Mónica Cragnolini, en Confines, n.º 17, Buenos Aires, diciembre de 2005. Edición digital de Derrida en castellano: www.jacquesderrida.com.ar
- (4) Cf. Lévinas Emmanuel, Totalidad e Infinito. Ensayo sobre la exterioridad, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2002.
- (5) Delrío Walter, "Sabían llorar cuando cantaban. Campos de concentración, deportaciones y torturas en la Patagonia". En <http://www.poderautonomo.com.ar/historia%20de%20nosotros/primeraja%20jornada/exposiciones/2%20walter%20delrio.htm>
- (6) Campo Santo, Testimonio del ex sargento Víctor Ibáñez, Capítulo IV; Primeras imágenes del infierno, Fernando Almidón.
- (7) Levi Primo, Si esto es un hombre, Barcelona, Muchnik Editores, 2004, pp. 111-112.
- (8) Derrida Jacques, La retirada de la metáfora, Barcelona, Editorial Paidós, 1998, en Derrida en castellano: www.jacquesderrida.com.ar
- (9) Canetti Elías, Masa y poder, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 203.
- (10) Kaufman Alejandro, "Notas sobre perdón y olvido", Pensamiento de los Confines, segundo semestre 1998, pp. 11-12.
- (11) Sylvester David, Entrevistas con Francis Bacon, Barcelona, Ediciones polígrafa, 1977. Basado a su vez en tres días de grabación y filmación que realizó la BBC en mayo de 1966. La primera versión publicada, From interviews with Francis Bacon by David Sylvester, se incluye en el catálogo de la exposición "Francis Bacon: Recent Paintings", Marlborough Fine Art, Londres, marzo-abril de 1967.
- (12) Cf. Lévinas Emmanuel, Ética e infinito, Madrid, Editorial Visor, 2002.
- (13) González Horacio, "Por los mataderos de la vía pública", artículo publicado en el diario Clarín, Edición Domingo 07/04/02.
- (14) Lévinas Emmanuel, "El sufrimiento inútil", en Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro, Valencia, Pre-textos, 1993. En <http://www.vivilibros.com/excesos/14-a-04.htm>.

Bibliografía

Canetti Elías, Masa y poder, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

Delrío Walter, "Sabían llorar cuando cantaban. Campos de concentración, deportaciones y torturas en la Patagonia." En <http://www.poderautonomo.com.ar/historia%20de%20nosotros/primeraja%20jornada/exposiciones/2%20walter%20delrio.htm>

Derrida Jacques, La retirada de la metáfora, Barcelona, Editorial Paidós, 1998.

Derrida Jacques, "'Hay que comer' o el cálculo del sujeto", Entrevistado por Jean-Luc Nancy., en Pensamiento de los Confines, nº 17, Buenos Aires, diciembre de 2005.

Feierstein Daniel, El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Freud Sigmund, "El malestar en la cultura", en Obras completas, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.

Kaufman Alejandro, "Notas sobre perdón y olvido", Pensamiento de los Confines, segundo semestre 1998.

Lakoff George y Johnson Mark, Metáforas de la vida cotidiana, Madrid, Cátedra, 1986.

Levi Primo, Si esto es un hombre, Barcelona, Muchnik Editores, 2004.

Lévinas Emmanuel, Totalidad e Infinito. Ensayo sobre la exterioridad, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2002.

Lévinas Emmanuel, Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro, Valencia, Pre-textos, 1993.

Lévinas Emmanuel, Ética e infinito, Madrid, Editorial Visor, 2002.

Sylvester David, Entrevistas con Francis Bacon, Barcelona, Ediciones polígrafa, 1977.

ALELÍ JAIT

Nació en Buenos Aires, en 1979. Es licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA) y actualmente se encuentra culminando la Maestría en Comunicación y Cultura de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Fue miembro del consejo editor de *El perseguidor. Revista de Letras*. Tiene dos libros inéditos: *Desaparición: discurso poético y testimonio* (ensayo) y *La contorsionista* (poesía). Se desempeña como docente de la Carrera de Ciencias de la Comunicación (UBA) y es investigadora en dos proyectos UBACYT ("Análisis de la representación estética de la última dictadura militar en Argentina" dirigido por Daniel Mundo; y "Patrimonios, memorias y sentimientos en las conmemoraciones nacionales" dirigido por Mirta Amati).